

Lo que sea de cada quien Ionesco ionescuiano

Vicente Leñero

Ahí estaba Ionesco, en una grande mesa circular de un salón del hotel María Isabel. Era igual a las fotos que le tomaban: carirredondo, calvo, nariz esférica de payaso célebre.

Corría la primera quincena de julio de 1968, lejos aún del movimiento estudiantil pero en boca de todos estaban los juegos olímpicos. En torno a éstos comenzaba a desarrollarse el ambicioso programa de la Olimpiada Cultural que dirigía el arquitecto Óscar Urrutia y que en el área del teatro empalmaba muy bien montajes extranjeros con montajes nacionales. Se empezó invitando al Grotowsky del teatro pobre quien en una sola función presentó su versión de *El príncipe constante* de Calderón de la Barca, y ahora se traía al celeberrimo Ionesco. Con la compañía de Jacques Mauclair se montarían en el Jiménez Rueda *El rey se muere*, *La lección* y *Las sillas*, y más tarde en el Teatro Hidalgo, con Ignacio López Tarso de protagonista, Alejandro Jodorowski repetiría *El rey se muere* a su desbaratada manera.

Para presentar a Ionesco ante la comunidad teatral, Urrutia y su esposa Elena organizaron una comida. Fuimos Ignacio Retes y yo porque también figurábamos en el programa de aquella Olimpiada Cultural con *Pueblo rechazado*. Mucha gente, muchas mesas, no sabíamos dónde sentarnos. Cuando por fin descubrimos una mesa vacía y caminamos hacia ella, Retes llamó mi atención:

—Mire, aquel es Ionesco.

Fue cuando lo vi a la distancia en compañía de su esposa. Lo tenían cercado a punta de saludos, gestos admirativos, palabras inaudibles.

Cuando ya estábamos a punto de sentarnos en la lejanía, Max Aub recorrió a

grandes trancos el salón y agarró del brazo a Retes.

—No, vente para acá, Pepín. —Se dirigió a mí—: También usted, para que conozca a Ionesco.

Sabía yo muy bien quién era Max Aub; lo encontraba con frecuencia en la oficina de Joaquín Díez-Canedo. Siempre sonriendo, trayendo originales y más originales para que Joaquín se los publicara, regalándome obras de teatro, contando chismes de León Felipe, de Otaola, de su generación del exilio. Además de inteligente, era chispeante.

La mesa de Ionesco no tenía lugares reservados para Retes ni para mí, pero ahí nos instaló Max Aub haciendo valer su amistad personal con el rumano célebre; no sé quién resultó desplazado ni recuerdo quién, a excepción de Ignacio López Tarso, se encontraba en ella además de nosotros los intrusos y del chispeante Max Aub. Apenas conservo vagos destellos de la plática en la que Max lle-

vaba la voz cantante y que luego registró en sus diarios.

Ionesco distinguía mal los colores, sobre todo el rojo.

Ionesco reconocía influencias literarias de Unamuno.

Ionesco odiaba la política.

Me sorprendió particularmente su tono de quejumbre cuando dijo en perfecto castellano que para que se fijen en uno en París, hay que gustar antes en Nueva York, en Berlín, ¡en México!

Max Aub le respondió:

—Y para que se fijen en uno en México, en Nueva York o en Berlín hay que tener éxito antes en París.

A la hora del café, una catarata de preguntas llovió sobre Ionesco como si todos fuéramos reporteros. Max Aub las remató preguntando:

—¿Y de la muerte qué piensas?

Ionesco lo miró sonriente y se rascó con el índice la punta de su nariz esférica.

—No estoy de acuerdo —respondió. ▮



Eugène Ionesco